

Tiempo y Revolución: el paisaje de la historia nacional

TOMÁS BERNAL ALANÍS | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA,
AZCAPOTZALCO

Resumen

En el panorama de las letras mexicanas del siglo xx, la novela de Carlos Fuentes *La muerte de Artemio Cruz* (1962) tiene un espacio reservado en la República de las Letras, por ser una novela que realiza un análisis magistral de la vida de un personaje individual: Artemio Cruz, desde la época porfiriana hasta los años cuarenta del México posrevolucionario. Una odisea de vida que nos permite vislumbrar los intereses y las pasiones de un personaje que agoniza y hace un recuento de su historia como reflejo de los cambios producidos por la Revolución Mexicana en el siglo xx.

Palabras Clave: Revolución Mexicana, identidad nacional, nacionalismo, historia.

Abstract

In the panorama of Mexican literature of the twentieth century, Carlos Fuentes novel *The Death of Artemio Cruz* (1962) has a reserved space in the Republic of Letters, for being a novel that performs a masterful analysis of the life of an individual character: Artemio Cruz, from the Porfirian era to the forties of post-revolutionary Mexico. A life odyssey that allows us to glimpse the interests and passions of a character that dies and recounts its history as a reflection of the changes produced by the Mexican Revolution in the twentieth century.

Key words: Mexican Revolution, national identity, nationalism, history.

Para citar este artículo: Bernal Alanís, Tomás, “Tiempo y Revolución: el paisaje de la historia nacional”, en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 50, semestre I de 2018, UAM-Azcapotzalco, pp. 99-109.

*Esto es lo que quieren decir cuando se refieren al
vientre del tiempo: la agonía y la desesperación de
los huesos distendidos, la rígida faja donde yacen las
ultrajadas entrañas de los acontecimientos.*

William Faulkner, *Mientras agonizo*

I. Introducción

En el paisaje narrativo de las letras mexicanas del siglo xx aparecen obras que se convierten en hitos de la historia y conforman la República de las Letras. El tiempo histórico y su desenvolvimiento determinan en gran parte ese espíritu y permiten crear obras literarias que dejan huella en la memoria, en la identidad nacional y en la formación de un canon literario.

En la historia de México del siglo xx hubo un acontecimiento que determinó en gran medida este canon literario: la Revolución Mexicana. Este hecho histórico, de innegable trascendencia en el país en múltiples ámbitos de la vida nacional, posibilitó una nueva forma de organizar la política, de entenderla y practicarla, de reconocer nuevos actores sociales, de sacar a la superficie mundos ignorados y de edificar nuevas representaciones de la sociedad y de sus valores.

Este viento que nos arrastró por la guerra civil y la lucha violenta entre las facciones revolucionarias nos iba a mostrar las diversas máscaras del juego político y las posibilidades de encontrar un desarrollo económico y las fuerzas vitales para construir el futuro del país. Ese futuro que se construyó con los ideales de la justicia y el desarrollo social.

Los imaginarios revolucionarios se sintetizaron en la búsqueda de esa “alma mexicana” que nos diera una identidad y nos permitiera construir esa comunidad nacional, que fue un sueño liberal de la época decimonónica y del porfiriato. Período histórico de largo alcance que se encuentra en muchas novelas de en gran parte del siglo xx. Entre ellas descuella una: *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes, publicada en 1962. Con ella, el prestigio del autor inició un ascenso incuestionable y permanente en el paisaje de las letras

mexicanas del siglo pasado. Carlos Fuentes se convirtió en un autor clásico de la literatura nacional y con resonancias universales.

Su obra es una verdadera respuesta arquitectónica a los desafíos del México pos-revolucionario y a los anhelos modernizadores de esas nuevas fuerzas sociales que emanaron y crecieron a la sombra de la Revolución Mexicana. Carlos Fuentes trazó en sus obras los bocetos de un México en transformación, en donde encontró la materia prima para construir a través de las palabras una imagen compleja y contradictoria de ese México que moría y de ese otro que nacía, fruto de la lucha armada e ideológica de la Revolución de 1910.

La novela de Carlos Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz*, es un intento magistral de autognosis que nos sumerge en nuestro pasado y nos permite encontrar respuestas a nuestra historia individual y colectiva, como pueblo que comparte e imagina un pasado y un presente. Es una novela que confronta la realidad de la historia nacional con el devenir de un individuo que se mueve entre la presencia de los hechos y las ambiciones personales.

II. Carlos Fuentes y la Revolución Mexicana

La extensa obra del escritor mexicano Carlos Fuentes (1928-2012) tiene un amplio eco y reconocimiento sobre el fenómeno revolucionario de 1910. Sus preocupaciones como mexicano lo llevaron a discurrir ampliamente sobre este hecho histórico, y lo hizo desde la ficción y el ensayo histórico y político, que le dieron amplias posibilidades para

desarrollar su capacidad y síntesis sobre este periodo de nuestra historia.

La Revolución Mexicana se convirtió en un manantial inagotable para la creación intelectual y el debate de las ideas en gran parte del siglo xx. Desde sus mismos inicios, muchos intelectuales o participantes en la lucha armada dejaron constancia literaria o historiográfica de dicho acontecimiento, el cual estremeció las conciencias y las ideas sobre México y lo mexicano en muchas disciplinas, como la historia, la antropología, la economía, la demografía, la sociología, la arqueología, entre otras ciencias sociales.

La lista de autores que analizaron la gesta de 1910 es muy amplia y variada: Luis Cabrera, Daniel Cosío Villegas, Manuel Gamio, Antonio Caso, Marte R. Gómez, José Vasconcelos, José Santos Chocano, Octavio Paz, Diego Rivera, Anita Brenner, Francisco Bulnes, Andrés Molina Enríquez, Martín Luis Guzmán, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, entre muchos más, todos los cuales dieron cabida en sus escritos al tema revolucionario.

En el campo de las letras es inobjetable que la corriente denominada "Novela de la Revolución" apabulla el paisaje de las letras mexicanas desde 1915, con la novela de Mariano Azuela *Los de abajo*, hasta mediados del siglo con Pedro Páramo (1955), de Juan Rulfo. El *leit motiv* de la literatura mexicana se centrará en el discurso revolucionario, como también sucedió en el muralismo mexicano.

Asistimos a una literatura embargada por el interés de la transición de una élite económica y política que migra del campo a la ciudad y del mundo microscópico de la

hacienda rural a la industria urbana, de los intereses regionales a un supuesto interés nacional y el reconocimiento de un proyecto de modernización basado en la industrialización y el desarrollo de las ciudades. En ese panorama descansó la obra de toda una generación de escritores: Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Mauricio Magdaleno, Nellie Campobello, Francisco L. Urquiza, Rafael F. Muñoz, Gregorio López y Fuentes, José Rubén Romero, José Mancisidor, Miguel N. Lira, José Vasconcelos, y otros, que vislumbraron en la literatura revolucionaria todo un espacio de discusión, justificación y redención de los ideales revolucionarios como los pilares de un México moderno.

La literatura revolucionaria compartió con otras corrientes literarias —como la indigenista, la literatura proletaria, la literatura social— las preocupaciones por reconocer e integrar otros estratos sociales que participaron y salieron a la luz con el proceso revolucionario. Como lo ha afirmado el historiador Enrique Krauze:

La Revolución comenzó con un movimiento democrático moderno acompañado de una añeja petición de tierras. Pese a su triunfo inicial, esta primera etapa desencadenó una reacción autoritaria. La respuesta a esa contrarrevolución generó fuerzas militares y sociales que, una vez triunfantes, no consiguieron alcanzar un acuerdo que condujese a la restauración del orden. La disensión llevó a la guerra y a una escisión centrífuga no muy diferente de la vivida por el país durante la guerra de independencia y en la primera mitad del siglo XIX. El triunfo de una facción devolvió la corriente a su cauce. Las

ideas y las políticas fueron sustituyendo gradualmente a las balas.¹

La Revolución Mexicana fue una continua lucha en los campos de batalla y en las propuestas revolucionarias. Es un recuento de planes y programas que niegan a hombres y situaciones, que niegan el pasado y reafirman el presente. Cada caudillo defiende sus posiciones militares con balas y con ideas, posturas que permiten el desenvolvimiento de las batallas, de las ganadas y las perdidas, y la conformación de los imaginarios en las distintas facciones revolucionarias, imaginarios sociales que sintetizan el pensamiento y la obra de los caudillos y sus movimientos. La literatura describió en gran medida el avance de estas facciones: maderismo, zapatismo, villismo, carrancismo, que fueron delineando el acontecer bélico y el perfil de los caudillos y sus programas sociales. Resulta pertinente traer a cuenta esa suerte de duda y continuidad el ideólogo del constitucionalismo Luis Cabrera:

Todos envolvemos nuestros ideales, o nuestros sueños, o nuestros principios, o nuestro patriotismo, en el manto augusto de la Revolución. Todos tapamos nuestras conveniencias, o nuestros intereses, o nuestras ambiciones, o nuestras concupiscencias, o nuestro salvajismo de trogloditas, con la vieja capa de la Revolución.²

¹ Enrique Krauze, *La historia cuenta*, México, Tusquets Editores, 1998, p. 103.

² Luis Cabrera, *Veinte años después*, México, Ediciones Botas, 1937, p. 230.

La Revolución Mexicana fue la fuente donde todos bebían para saciar la sed de justicia y reconocimiento de sus logros. Ser revolucionario significaba luchar por unos ideales y por un caudillo. Más tarde, éstos serían relevados por el ritual revolucionario de las instituciones y por los mecanismos legales creados para dirimir las diferencias y desacuerdos.

En este sentido la obra de Carlos Fuentes refleja esa necesidad de conocer la vida del personaje central de su novela: Artemio Cruz. Nos entrega una odisea de la Revolución Mexicana a través de la vida, ideales, intereses y ambiciones de un personaje que se convierte en el arquetipo del revolucionario que termina traicionando sus ideales para vivir bajo la sombra de lo vivido.

La muerte de Artemio Cruz es una síntesis magistral del devenir colectivo que provocó la Revolución Mexicana. Estamos ante un individuo que supo actuar entre los vaivenes del cambio para empoderarse en la nueva sociedad posrevolucionaria. Artemio Cruz es un personaje clave, tanto en la prosa de Carlos Fuentes como en el imaginario de la novela mexicana del siglo xx.

Carlos Fuentes logró captar con maestría y profundidad los resortes de la ambición y del poder de su personaje. Con él, ofrece una explicación de los avatares del país y su sociedad. En esta obra, Fuentes alcanza plenitud en la descripción y análisis del mexicano. Es una novela compleja por su composición y desarrollo. Usa la técnica literaria conocida como monólogo interior, impulsada entre otros escritores universales, por Arthur Schnitzler, James Joyce, Virginia Woolf y William Faulkner. Este recurso le permitió

a Fuentes jugar con los tiempos históricos, y a partir de una vida personal representar la vida nacional de un México convulso que buscaba reafirmar una identidad nacional y afianzar pensamientos que Benedict Anderson llamo las “comunidades imaginadas”. El personaje Artemio Cruz es esencia y existencia de ese México que se perfila a otra época, que está en un constante movimiento, que busca desentrañar sus nudos históricos para construir una realidad alternativa: indagar en su pasado para entender su presente, su historia y –por qué no decirlo– realizar una autognosis de sí y para sí.

Es lo que en el fondo le preocupaba al ensayista húngaro György Lukács al determinar la estructura temporal de los personajes y su actuar en la vida. Son ellos representación de una forma novelesca que condensa las formas de la existencia, tanto en su dimensión individual como colectiva. Y en esencia esa es la particularidad de la novela de Carlos Fuentes. Escribe Lukács en su *Teoría de la novela* (1915):

La inmanencia del sentido requerida por la forma se consigue por su vivencia de que esa pura mirada del sentido es lo más alto que puede dar la vida, lo único que es digno de que uno ponga a contribución su entera vida, lo único por lo cual vale la pena luchar. Este proceso abarca una vida humana, y junto con su contenido formativo, con el camino del autorreconocimiento de un hombre, se da sin más su orientación y su alcance.³

³ György Lukács, *Teoría de la novela*, México, DEBOLSILLO, 2018. p. 109.

Este pensamiento de Lukács sintetiza en gran forma el sentir de Artemio Cruz ante la historia de México y ante el tiempo revuelto que le toca vivir. Adentrémonos un poco a su mundo y en la historia del personaje.

III. Conciencia y Revolución

El escritor mexicano Carlos Fuentes es un indagador nato sobre nuestro pasado. El interés por la historia de México obedece seguramente a su vida y pensamiento cosmopolita. Gran viajero y conocedor de otros lugares y otras escrituras de lejanas latitudes, Fuentes ha sabido combinar magistralmente el mundo mexicano con una visión universal. Dentro de su extensa y variada obra siempre aparecen referencias a la historia de México. Pero ese interés lo vuelca más claramente en algunas de sus novelas: *La muerte de Artemio Cruz* (1962), *Agua quemada* (1983) y *Gringo viejo* (1985), y en sus ensayo: *El espejo enterrado* (1992).

Para Carlos Fuentes, la historia mexicana está construida por múltiples pasajes subterráneos que impregnan de misterio y continuidad la memoria nacional. Tan sólo basta recordar su cuento *Chac Mool* para advertir la magia de ese pasado que nos sigue envolviendo en la noche de los tiempos, que sigue vigente en nuestro pensamiento. Ahí descansa nuestra memoria, ahí se mantiene vivo y activo nuestro pasado y nos encontramos mágicamente con nuestros ancestros. Ahí se encuentra el vértice donde se encuentran pasado y presente, en esa unión del ayer y del ahora, de ese tiempo remoto y al mismo tiempo actual. Es Cronos que no nos deja libres y nos apresa en sus manos

para recordarnos que somos hijos inexorables del pasado.

En esta construcción de las palabras y las ideas renace la presencia innegable del autor (escritor), que busca la contingencia de las cosas, la posible explicación de mundos posibles a través de la palabra y el acontecer de un momento, de un tiempo, de ese fantasma de la eternidad como curación del cuerpo y del espíritu. El escritor lucha con sus fantasmas en el espacio de las ideas y de las creencias, en esa arena política de lo posible, en esa vuelta al pasado como una certeza de la existencia y de la posibilidad. Son epifanías, momentos refulgentes de un preciso instante que nos coloca ante lo numinoso de la vida y de la muerte. Es ese instante que encontramos en nuestras vidas como espacio de conocimiento y autorreconocimiento, de ese ejemplar ejercicio de disección personal que nos embarca a los orígenes de la vida, en una experiencia única e irrepetible que como odisea personal.

Ahí, en ese preciso momento, se aplica el sentido la indeterminación de Michel Foucault sobre el autor, de ese examen infinito del azar y de la necesidad, de ese margen incontrolable que la condición humana no controla y conoce totalmente:

Llegaríamos finalmente a la idea de que el nombre de autor no va como el nombre propio desde el interior de un discurso al individuo real y exterior que lo produjo, sino que, de alguna manera, corre en el límite de los textos, que los recorta, que sigue sus aristas, que manifiesta su modo de ser o que al menos lo caracteriza. Manifiesta el acontecimiento de un conjunto determinado de discurso, y se refiere al estatuto

de ese discurso en el interior de una sociedad y en el interior de una cultura.⁴

La discursividad envuelve al autor y potencialmente lo rebasa, lo diluye en múltiples campos discursivos que crean la necesidad de revisar un estilo y una forma peculiar de pensar y escribir. De ahí se van estableciendo los elementos referenciales de un canon literario, de un seguimiento que edifica a la República de las Letras y sus representantes. Los discursos construyen las memorias y las identidades. De esta manera, Giorgio Agamben vislumbra en el pensamiento de Michel Foucault una función punitiva y esclarecedora del responsable de determinado discurso. El discurso se convierte en un campo de batalla de autores y posiciones:

De aquí las diferentes características de la función-autor en nuestra época: un régimen particular de apropiación, que sanciona el derecho de autor y, al mismo tiempo, la posibilidad de perseguir y castigar al autor de un texto; la posibilidad de seleccionar y distinguir los discursos literarios y textos científicos, a los cuales corresponden modos diversos de la función misma; la posibilidad de autenticar los textos constituyéndolos en un canon.⁵

Así, el discurso de Carlos Fuentes discurre en este acontecer por construir una narrativa propia, una narrativa que da pie a los debates, a las interpretaciones, en último sen-

⁴ Michel Foucault, *¿Qué es un autor?*, Buenos Aires, El cuenco de Plata/Gandhi Ediciones, 2015. p. 23.

⁵ Giorgio Agamben, *Profanaciones*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editores, 2013, p. 83.

tido, realiza un anhelo hermenéutico de la historia de México y tiene como referencia central la vida de un individuo que se erige como el depositario de la historia y sus transformaciones. El individuo y la historia interactúan en un mundo convulso que permite las determinaciones del actuar y del evaluar. La agonía de Artemio Cruz no es más que el sufrimiento último de un personaje que al final de sus días sólo encuentra la soledad y el cuestionamiento de su desarrollo existencial desde la época del porfiriato hasta el período posrevolucionario. Carlos Fuentes narra el periplo personal de la vida de Artemio Cruz como símbolo del pasado y del presente. Enmarca en un cuadro temporal esa vida como un reto de dos épocas históricas: finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Los extremos vitales del personaje determinan en mucho la forma en que nace (1889) y muere (1955):

El recogido sobre sí mismo, en el centro de esas contracciones, él, con la cabeza oscura de sangre, colgando, detenido por los hilos más tenues. Abierto a la vida, por fin. Artemio Cruz... nombre... "inútil"... "corazón"... "masaje"... "inútil"... ya no sabrás... te traje adentro y moriré contigo... los tres... moriremos... Tú... mueres... has muerto... moriré.⁶

La muerte de Artemio Cruz es una novela axial que nos permite hacer un juicio sumario sobre el derrumbamiento de un mundo y el alumbramiento de otro. De los ideales

⁶ Carlos Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz*, México, DEBOLSILLO, 2018, pp. 339-341.

de juventud que se ven traicionados por las circunstancias y por una vida de dolor y desamparo que encuentra en el movimiento revolucionario un momento para pensar en el futuro y en las posibilidades que se abrían con dicho proceso armado: la consolidación de un nuevo régimen político y económico. Su apego juvenil por Regina le hace traicionar a la misma Revolución en aras de buscar su primer y puro amor:

Sabrían la verdad de su desertión durante la batalla y le arrancarían las insignias. Pero no sabrían la verdad entera: no sabrían que quiso salvarse para regresar al amor de Regina, ni lo entenderían si lo explicara. Tampoco sabrían que abandono a ese soldado herido, que pudo salvar esa vida.⁷

El problema de la concentración de la tierra subyace como un elemento central para que las facciones revolucionarias luchen entre sí y la demanda de tierras por parte del pueblo se convierta en un grito desesperado que se manifiesta en los campos de batalla y en la muerte entre parientes y amigos. Es la Revolución un viento que sacude las buenas conciencias. Donde los ideales de liberación están presentes tanto en los caudillos militares como en la tropa. Es la fiesta de las balas un prolegómeno a las atrocidades cometidas por las distintas fuerzas revolucionarias, que buscan cumplir las demandas populares de tierra, libertad y justicia social. Como lo expresa Carlos Fuentes en el siguiente párrafo:

Pueblo por donde pasaba la revolución era pueblo donde se acababan las deudas del campesino, se expropiaba a los agiotistas, se liberaba a los presos políticos y se destruía a los viejos caciques. Pero ve nada más cómo se han ido quedando atrás los que creían que la revolución no era para inflar jefes sino para liberar al pueblo.⁸

Con el avance de la Revolución, de las facciones y sus ejércitos, se inicia un proceso por marcar y diferenciar los sentidos de ésta. No sólo es una lucha por el reparto de tierras, también es una Revolución para construir otra forma de organización política. Ahora la presencia de las ideas irá trasladando las balas a un escenario secundario, aunque la presencia militar siga dominando el campo práctico de la política como forma de gobierno.

La Revolución Mexicana se convierte en un mito donde se siguen desarrollando las luchas y las ideas, pero también se convierte en el depositario de muchos principios. De ahí que se empiece a cuestionar la revolución permanente como un proceso sin final. Siempre hay un alto en la historia de las revoluciones, y en el caso de México, éste va a estar determinado por los "bárbaros del norte", desde donde se inicia el desmembramiento de la gesta e inicia el proceso de institucionalización. Esto lo establece muy bien el historiador Guillermo Palacios:

Es lo relativo a la temporalidad, y no un proceso formal, lo que efectivamente institucionaliza la idea de la revolución, lo que la convierte en el

⁷ *Ibid.*, p. 86.

⁸ *Ibid.*, p. 210.

más longevo lugar común de que tenga noticia la historia de México, lo que va a dar oportunidad de establecer la continuidad del poder, y, finalmente, a considerar el desarrollo natural ascendente de una comunidad, si acaso reformista, como prueba irrefutable de la permanencia y de la ejecución constante de la idea de la revolución.⁹

Los herederos de la revolución inician un proceso por ritualizar las nuevas formas del ejercicio del poder y la intención de construir un país moderno, democrático e incluyente. Pero la realidad seguía siendo otra:

Desventurado país, desventurado país que cada generación tiene que destruir a los antiguos poseedores y sustituirlos por nuevos amos, tan rapaces y ambiciosos como los anteriores. El viejo se imaginaba a sí mismo como el producto final de una civilización peculiarmente criolla: la de los déspotas ilustrados.¹⁰

El avance de la Revolución trae procesos de integración pero también de diversificación de intereses y posturas en relación al presente y el futuro. Se reconocen herencias pero a la vez rupturas con el pasado de un país que se desangra en una terrible guerra civil. Por lo tanto, el poder y la élite que se está conformando se disputan los distintos espacios. La Revolución Mexicana se ve como un medio y no un fin, es el momento de servirse de ella, de aprovechar el río revuelto

⁹ Guillermo Palacios, "Calles y la idea oficial de la Revolución Mexicana", en *Historia Mexicana*, vol. XXII, núm. 3, México, El Colegio de México, 1973, p. 265.

¹⁰ Carlos Fuentes, *op. cit.*, p. 55.

para tener ganancias personales o de grupo. El acontecer revolucionario acota las ambiciones que se van a desatar después de la pacificación:

La revolución puede hacerse muy deprisa: pero mañana nos exigirían más y más y más: y entonces no tendríamos nada que ofrecer si ya lo hemos hecho y dado todo: salvo acaso nuestro sacrificio personal: ¿para qué morir si no vamos a ver los frutos de nuestra heroicidad?: tengamos algo siempre en reserva: somos hombres no mártires: todo nos será permitido si mantenemos el poder: pierde el poder y te chingan: date cuenta de nuestra fortuna: somos jóvenes pero estamos nimbados con el prestigio de la revolución armada y triunfante: ¿para qué peleamos?. ¿Para morirnos de hambre?: cuando es necesario la fuerza es justa: el poder no se comparte.¹¹

Las lecciones son claras. Después de la Revolución Mexicana se inicia una etapa reformista que construye instituciones para atender los grandes problemas nacionales: la reforma agraria, la educación, el "problema" indígena, las relaciones laborales, entre otros. La revolución había llegado a su fin, ahora era tiempo de la reconstrucción nacional. De reconocernos como mexicanos y revolucionarios donde estuvieran presentes las desigualdades sociales, el papel del sindicalismo, la preponderancia de la empresa y la propiedad privada, del desarrollo del capitalismo, de la corrupción, del enriquecimiento de las arcas públicas y de todos esos

¹¹ *Ibid.*, p. 135.

actos que permitieran el enriquecimiento a la sombra de la Revolución Mexicana.

Según el artículo de Moisés González Navarro, la Revolución Mexicana había perdido su dinamismo para consolidar un sistema político, económico y social acorde a los intereses de los ganadores de dicho movimiento social:

Según Mannheim, utopía es el complejo de ideas que tiende a cambiar el orden vigente, e ideología el complejo de ideas que dirige la actividad para mantenerlo. En este sentido la “utopía” revolucionaria se ha convertido en una verdadera “ideología”: los lemas revolucionarios se repiten ya casi como meros slogans.¹²

La Revolución Mexicana fue un proceso social que cambió un mundo por otro, pero que a pesar de todas las promesas revolucionarias se crearon nuevos vicios amparados por el nuevo Estado mexicano. Las nuevas generaciones no podían hablar de los acontecimientos revolucionarios y su simultánea heroicidad, como lo hacía Artemio Cruz:

Ellos ya no podrán invocar las batallas y los jefes, como tú, y escudarse detrás de ellos para justificar la rapiña en nombre de la Revolución y el engrandecimiento propio en nombre del engrandecimiento de la Revolución.¹³

¹² Moisés González Navarro, “La ideología de la Revolución Mexicana” en *Historia Mexicana*, vol. X, núm. 4, México, El Colegio de México, 1961, p. 636.

¹³ Fuentes, Carlos. *Op. cit.* p. 299.

IV. Palabras finales

La novela de Carlos Fuentes *La muerte de Artemio Cruz*, es una de las mejores radiografías sobre el nacimiento, desarrollo y muerte de la Revolución Mexicana. Su importancia radica en ser una crítica mordaz y demoledora de dicho fenómeno histórico. Carlos Fuentes nos presenta a través de la vida de este personaje—desde su nacimiento en 1889 hasta su muerte en 1955—los cambios ocurridos en México y desatados por eso que hemos llamado Revolución Mexicana, hecho trascendental para entender en mucho lo que aconteció en nuestro país en gran parte del siglo xx. Desde su niñez hasta su muerte es una constante odisea de ideas, pasiones, intereses, que envuelven su vida en el devenir nacional y en esas aguas—según decir de Octavio Paz—en donde se sumergió el mexicano para reencontrarse consigo mismo y con los demás.

Bibliografía

- Agamben Giorgio. *Profanaciones*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo ediciones, 2013.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Brodsky, Joseph. *Del dolor y la razón*. Barcelona, Ediciones Destino, 2000.
- Cabrera, Luis. *Veinte años después*. México, Ediciones Botas, 1937.
- Foucault, Michel. *¿Qué es un autor?* Buenos Aires, El cuenco de plata/Gandhi ediciones, 2013.
- Fuentes, Carlos. *La muerte de Artemio Cruz*. México, DEBOLSILLO, 2018.
- Krauze, Enrique. *La historia cuenta*. México, Tusquets Editores, 1998.

- Lukács, György. *La teoría de la novela*. México, DEBOLSILLO, 2018.
- Meyer, Lorenzo y Héctor Aguilar Camín. *A la sombra de la Revolución Mexicana*. México, Cal y Arena, 1994.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Plumb, J. H. *La muerte del pasado*. Barcelona, Barral Editores, 1974.
- Turner, Fredrick C. *La dinámica del nacionalismo mexicano*. México, Grijalbo, 1971.
- Yates, Frances. *El arte de la memoria*. Madrid, Taurus, 1974.

Hemerografía

- González Navarro, Moisés. "La ideología de la Revolución Mexicana" en *Historia Mexicana*. Vol. X, no. 4. México, El Colegio de México, 1961. pp. 628-636
- Palacios, Guillermo. "Calles y la idea oficial de la Revolución Mexicana" en *Historia Mexicana*. Vol. XXII, no. 3. México, El Colegio de México, 1973. pp. 261-278
- Silva Herzog, Jesús. "Un esbozo de la Revolución Mexicana (1910-1917) en *Cuadernos Americanos*. Vol. CXIII, no. 6. México, Cuadernos Americanos, 1960. pp. 135-164

